

LECTURAS DESDE EL TERRITORIO.

Veo mi casa como un cuerpo presente de la genealogía familiar y veo como ese cuerpo cae sin vida.

Me encuentro con pensamientos que me regresan al tiempo de mirar donde dijimos que era mejor no mirar. El tiempo donde todos (por alguna razón) vimos como nuestras casas caían sin vida sobre la superficie.

Ahí nos despedimos de todo, porque todo (nos dijeron) debía ser pasajero. Ahí los despojos de otras edificaciones nos daban (aunque no lo necesitábamos) un informe desolador de las condiciones en como teníamos que entender la pérdida material.

Todo era para bien y no debíamos oponernos al deseo por permanecer. De dominar. De poseer. Menos en una temporada donde nuestros mejores hallazgos quedaron también de algún modo, sepultados.

Pero el escombros, las reminiscencias de esas habitaciones del pasado, quedaron ahí. Su capacidad de hablarnos es hoy una forma de llamamiento provisorio que aparece en temporadas generalmente largas y luego vuelve a callar.

Hoy nos vuelve a llamar. Su voz de áspera armonía, se proyecta en diferentes registros de resonancia: Sucede en la roca, en la piel, en los materiales que lleva encima la piel. En el detritus de los gestos de esos materiales que acompañaron nuestros pasos o en los momentos, simples de estar:

Veó mi casa desplomarse

y siento que algo se me rompe dentro

No la casa donde vivo. Es la casa donde habité y veo como se desploman ahí parte de mis días. De las columnas, y el jardín de los juegos infantiles, de los ventanales pegados a las cornisas donde dormía mi madre. De los años que pasamos ahí de 1986 al 88. Entonces:

Veó mi casa como un cuerpo presente

de la genealogía familiar

y veo como su cuerpo cae sin vida

¿Qué propósito sostienen los restos que han quedado de mi/casa? La descendencia afligida del reducto ¿Qué se puede entender, conformar con estos vestigios nuestros? Veó mi casa desplomarse y algo se desploma de forma natural

con ella y luego comienzo con un dialogo que me interroga por la posición que he tomado al no decir nada. Al quedarme callado como un idiota mirando el modo en que todo se viene abajo.

La casa, acostumbrada a las sombras del techo, ensimismadas siempre como espectros que se acumulan agazapados cubriéndose de la lluvia, no sabe tampoco bien a bien, que decir.

Entonces nos quedamos en silencio. Avanzo un poco hacia la acera contraria balanceándome entre un rito que vuelve maldición la sangre. Tendremos una temporada larga de desplomes.

Pienso ahí, a apenas unos pasos de la nube de escombros. Tratando de encontrar sentido al agotamiento de nuestras causas esenciales, al modo en como ese agotamiento puede rehabitar el vacío, los cuerpos desfallecidos, la simpleza, las cosas simples del tiempo, que se van.